

Hacia el Ecosocialismo

Andrés Bansart

COLECCIÓN
claves

CO

Ediciones Correo del Orinoco





Distribución gratuita Descargue nuestras publicaciones en:
www.minci.gob.ve

Hacia el ecosocialismo

Andrés Bansart

Colección Claves

CORREO DEL ORINOCO

Alcabala a Urupal, Edificio Dimase, La Candelaria, Caracas-Venezuela
www.correodelorinoco.gob.ve - Rif: G-20009059-6

DIRECTORIO

Hugo Rafael Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Andrés Izarra
Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Alejandro Boscán
Viceministro de Estrategia Comunicacional

Lídice Altuve
Viceministra de Gestión Comunicacional

Edición y corrección: **Ricardo Romero**
Diseño y diagramación: **Saira Arias**
Portada: **Saira Arias**

Depósito legal: lf26920123201941
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela en la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial
Junio, 2012

Hacia el Ecosocialismo

El capitalismo, en sus diferentes formas y sus múltiples reformulaciones, se basó y sigue basándose en la acumulación. La economía capitalista, hasta las corrientes que simpatizan políticamente con ciertos socialismos, se sitúa por encima de la cultura, de la política y de la ecología. Es la ciencia de lo cuantitativo más que de lo cualitativo. Dígase lo que se diga, los responsables de la economía creen y hacen creer que, primero, es necesario cubrir las necesidades físicas del ser humano. Podría ser verdad en parte, pero ¿quién dice que lo material es más necesario que lo espiritual? Incluso, si así fuera (inclusive, si se pudiera afirmar y comprobar que, antes de pensar, es necesario comer), no sería una razón para ubicar la economía por encima de otros campos del saber y de la praxis. De todos modos, crear riquezas es una cosa y repartirlas es otra, dos acciones que el socialismo no

puede disociar. Los países hablan del producto interno bruto (PIB) y de crecimiento, estancamiento o regresión de éste. En función de eso, se decreta la buena o la mala salud de la economía. Tal vez pueda ser la buena o la mala salud de la economía, pero no la buena o la mala salud del país, la buena o mala salud de la sociedad, la buena o mala salud del pueblo. Un país, que tiene un crecimiento económico bajo, pero cuyas riquezas están repartidas de manera equilibrada, puede estar en una salud mucho mejor que un país que tiene un crecimiento económico muy alto, pero cuya repartición de riquezas es desequilibrada.

En este último país, habría una parte reducida de la población muy rica y una mayoría pobre -a veces inmensamente pobre- mientras que, en el primer país citado, el conjunto de la población sería capaz de cubrir sus necesidades. En el país “rico” (con un PIB elevado) y desequilibrios en la repartición de la riqueza, habrá necesariamente celos por parte de quienes tienen menos (celos porque el vecino posee más) y miedo por parte de quienes poseen más (porque éstos verán en aquel otro una amenaza, la de verse atacado, atracado, robado, despojado de sus riquezas). De allí viene la violencia. Los ricos atribuyen esta violencia al gobierno (si es de

izquierda) o a la incapacidad de los pobres, su flojera y sus resentimientos (si no pueden atribuir esta violencia al gobierno). Desean entonces unas “fuerzas del orden” capaces de proteger su “orden”, el orden del desequilibrio, del odio y de la desesperación. En el país donde el crecimiento económico no es alto, pero donde las riquezas están bien repartidas, no existirá este odio. Si es posible cubrir las necesidades de toda la ciudadanía, ésta podrá dedicarse a otras actividades, además del trabajo. En este caso, el trabajo no será una maldición, sino un espacio de creatividad, de intercambio y de solidaridad.

Cuando un gobierno hace el balance del año anterior, presenta cifras. La cifra que todo el mundo espera es la del crecimiento económico. Si subió el PIB, se canta victoria. Si el PIB bajó, la bandera se pone a media asta. En el primer caso, el del crecimiento alto, se da a menudo como resultado positivo el número de automóviles importados. Sin embargo, más vehículos automotores individuales significan más contaminación del aire, más enfermedades del pulmón y, ya que la circulación se hace cada vez más densa, más estrés, más enfermedades cardiovasculares... y más lentitud para desplazarse. ¡Gran victoria! Además, cada individuo quiere un modelo más nuevo y, sobre todo, más llamativo y más caro que el del

vecino. Cree que, de esta forma, crece su prestigio, cuando lo que crece es su individualismo y su imbecilidad. Así es la sociedad de consumo (la sociedad en la cual, desgraciadamente, seguimos viviendo).

¿Tal vez no sería mejor que, al presentar el balance del año anterior, el jefe de gobierno pudiera anunciar que se importó menos automóviles individuales, pero que se importó más vehículos colectivos y que se fue mejorando el servicio público de transporte, con buenas carreteras, con vías urbanas exclusivas para los autobuses y otras ventajas más para quienes comparten este servicio y ya no tienen que preocuparse de comprar un carro individual (o dos o tres para los más ricos), de pagar seguros caros, de ir a cada rato al taller para el mantenimiento o para arreglar algún desperfecto, de comprar neumáticos, de tener rabia porque el vecino acaba de comprar un modelo más nuevo y más lujoso, de tener rabia porque la cola no avanza, porque se pierde el tiempo en los embotellamientos, de tener rabia porque los demás automovilistas son todos unos irresponsables que no saben manejar o pasan encima de los demás sin escrúpulo y con prepotencia. En su balance anual, el jefe de gobierno podría presentar resultados cuantitativos (insistiendo sobre los ahorros de dinero y de tiempo) y podría presentar

resultados cualitativos: un aire más puro, menos ruido, más tranquilidad, menos agresividad, más convivencia, más tiempo para dedicarse a la familia, compartir con las amistades, enriquecerse espiritualmente mediante la lectura, la audición de una buena música, la visión de una excelente película (no una película de terror o de guerra, sino de encuentros con la naturaleza y las riquezas culturales de la humanidad).

SOMOS CAPACES DE ESCOGER ENTRE LA PAZ Y LA GUERRA

¿Cuál es la causa de las guerras? De las guerras caseras, las guerras familiares, las guerras entre vecinos, las guerras entre países vecinos, las guerras internacionales o las guerras mundiales? ¡La riqueza! ¿Cuál es la causa del colonialismo, del neocolonialismo, del imperialismo? ¡La riqueza! ¿Cuál es la causa de la guerra entre empresas? ¡La riqueza, siempre la riqueza, la acumulación de riquezas! Cada quien -individuo, colectividad o país- quiere acumular más y más riquezas. La gente y los países no compiten para la calidad de vida, sino por la acumula-

ción de riquezas. Entre el “para” y el “por” ya existe un abismo. Uno anuncia un objetivo, el otro denuncia una causa. Se pelea por causa del dinero: ¿cómo acumular más riquezas? ¿Cómo apoderarse de las fuentes de materias primas? ¿Cómo subordinar al otro con el fin de acaparar sus materias primas? ¿Cómo explotar al otro pagándole salarios bajos y vendiendo productos caros? ¿Cómo ganar más? ¿Cómo acumular más riquezas? Si se trabaja para aumentar la calidad de la vida, la perspectiva cambia totalmente. En vez de competir, vamos a cooperar. En vez de acumular, vamos a repartir y compartir. En vez de robar las riquezas de otro país, vamos a buscar la complementariedad con él y concretizar la cooperación. En vez de pelear dentro de la familia por cuestiones de dinero, vamos a fijar juntos objetivos para mejorar la calidad de nuestra vida común, transformar la colectividad (suma de individuos) en comunidad (multiplicación de voluntades).

En vez de pelear con el país vecino por cuestiones de fronteras y de riquezas que se encuentran cerca de las fronteras, vamos a ver cómo diseñar un proyecto común de desenvolvimiento, un proyecto que nos permita salir de nuestro envolvimiento y, juntos, abrirnos más a las verdaderas riquezas del mundo. En vez de invadir

el planeta para acumular las riquezas del suelo y del subsuelo, generando guerras, destrucciones, muertes y otras desgracias, vamos a diseñar juntos e implementar un proyecto de sociedad planetaria equilibrado, justo y armonioso.

Podemos escoger entre la paz y la guerra. Ninguno de los dos es el resultado de un determinismo. Ambos son la consecuencia lógica de una toma de conciencia, una manera de considerar el mundo y la sociedad, un modo de aprehender los inevitables problemas del mundo: se cree que la solución a estos problemas es el enfrentamiento, la guerra y el saqueo del uno por el otro, o bien se cree que la solución es imaginar juntos una solución inteligente y equitativa.

Nuestras sociedades están basadas sobre una lógica capitalista (incluso, cuando se califican de socialistas). Porque ¿de qué socialismo estamos hablando? La palabra “socialismo” ya perdió consistencia. Se la utiliza de cien maneras diferentes (desde el nacional socialismo hasta el socialismo real pasando por la socialdemocracia y muchas ideologías más). Pero casi siempre la lógica es la misma que la del capitalismo: la acumulación. ¿Acumular por qué, acumular para qué, acumular para quién? El problema, por lo tanto, no es la acumulación, sino

la repartición. El problema no es el PIB, ni el número de automóviles importados, ni el tamaño de mi casa, ni tampoco la importancia que me estoy dando comparando mis riquezas con las del vecino. Se puede poseer poco y no acumular, pero repartir correctamente y buscar en la vida otra cosa que la riqueza. A nivel vecinal, nacional o internacional, podemos escoger la paz o la guerra. Es una cuestión de visión hacia el mundo, un objetivo vital y la voluntad de concretizar lo que se ha escogido.

LAS FRAGMENTACIONES DEL SER Y DEL SABER

La cultura del *tener*, de la posesión, de la acumulación, lleva inevitablemente a la competencia y a la insatisfacción, porque nunca se logra tener lo que se quiere tener, nunca se logra poseer lo que se desea, nunca se acumula lo suficiente para saciar la sed de riqueza. Ya sea el ser individual o el ser colectivo, siempre quiere más, más y más. En este caso, no se trata de cubrir necesidades, sino de satisfacer deseos. Es posible llegar a cubrir todas las necesidades de una persona, una comunidad o la humanidad completa (esto se comprobó). Es posible llegar

a cubrir todas estas necesidades sin acumular cada vez más riquezas: basta ahorrar y repartir correctamente. Sin embargo, es imposible satisfacer los deseos, porque un deseo engendra otro, porque, si se satisface un deseo por un instante, otros deseos van a surgir en seguida, porque el vecino va a tener algo más, porque el modelo del artefacto que deseaba ya está superado por un modelo más sofisticado (aunque no más útil ni necesario). Jamás se puede terminar de satisfacer los deseos. Allí está la sociedad de consumo. El consumo es la razón del capitalismo: producir para consumir, crear deseos para llevar a consumir más.

Esta cultura del *tener* fragmenta al *ser*, ya sea el ser individual o colectivo, o fragmenta la misma existencia. El individuo quiere más, trabaja más para tener más, se obsesiona para poder acumular más, trabaja más y, si no puede conseguir lo que desea, roba o mata. Al hacer esto, se va matando a sí mismo. Se mata en un trabajo en el cual no puede realizarse y que tiene como única finalidad conseguir un sueldo y así poder comprar. Se fragmenta entre la persona, que podría nacer de sí mismo, y el individuo egoísta, que nace como un monstruo.

El ser colectivo también quiere más, también trabaja más o explota a otros para que éstos trabajen y les dé

ganancias, también queda siempre insatisfecho, jamás puede estar en paz, porque el esclavista es esclavo de la institución que ha engendrado, tiene miedo de una rebelión de los esclavos, tiene miedo de que los individuos, los trabajadores explotados, los pueblos esclavizados se rebelen y le impida satisfacer sus deseos de riqueza y de poder (si los esclavos no lo matan). Allí está el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo.

La cultura del *tener* fragmenta la misma existencia. La naturaleza humana se va fragmentando en un sinnúmero de contradicciones: el ser individual o colectivo confunde sus necesidades con sus deseos, pierde su identidad, ya no sabe para dónde va, cuál es el sentido de su vida, cuál es el sentido de la vida. Para apoderarse de las riquezas de la naturaleza, estudia ésta en sus más mínimos detalles. Hasta busca la esencia de la vida y busca la inmortalidad sin encontrarla jamás. Fragmenta su ciencia en un gran número de disciplinas y un sinnúmero de disciplinas. Pasa del telescopio al microscopio, observa, desmonta, separa, fragmenta y termina sin ser capaz de recomponer la totalidad y dar un sentido a la vida para llegar al *buen vivir*.

Para conocer la naturaleza, se aleja de ella y la convierte en objeto. Observa este objeto en sus más mínimos

detalles y llega a conocer las partes olvidándose del todo. El mismo ser humano quiere separarse de la naturaleza para estudiarla y olvida que forma parte de ella. Se siente por encima de la naturaleza, la estudia para saber cómo puede aprovecharse de ella, la va conociendo y la explota en sus más mínimos rincones. Se cree dueño de la naturaleza porque quiere adueñarse de todo, enriquecerse, acumular y satisfacer sus deseos. Manipula la naturaleza, la transforma, inventa medios para controlar la vida.

DIVORCIO ENTRE LA NATURALEZA Y LA CULTURA

Para poder conocer la naturaleza y explotarla cada vez más, el ser humano la manipula. La manipula para que sea más productiva. Ni se preocupa por las consecuencias de sus manipulaciones. La cultura del *tener*, de la acumulación, del deseo lleva al ser humano cada vez más lejos en la transformación de la naturaleza. Su sed de saber es, en realidad, una sed de conquista y de acumulación de riqueza. Escava la tierra para sacar de su seno un máximo de riquezas: el oro, la plata, el estaño,

el cobre, el uranio, la bauxita, el litio y otras riquezas. Y, como la minería necesita mineros, los ricos (individuos, países o empresas) esclavizan hasta a mujeres y niños para robarle a la tierra sus riquezas. El ser humano perfora la tierra para sacar el gas, el petróleo, el agua y otras riquezas. Como en el mito de quien deseaba transformar todo en oro, el ser humano hace del mito una realidad: transforma todo en riqueza. Buscando el oro en los ríos, los envenena con el mercurio y provoca la muerte de los peces y la vida que florecía en el río. Modifica el curso de los ríos, construye embalses, inunda grandes extensiones de tierras para represar el agua, edifica centrales hidroeléctricas y modifica así los ecosistemas, dejando morir a muchas especies animales y vegetales. Inventa organismos genéticamente modificados (OGM) para -según dice- producir más alimentos y luchar contra el hambre en el mundo. En realidad, es para que algunas empresas trasnacionales ganen más dinero. Los campesinos deben comprar semillas cada año a estas empresas en vez de conservar, como antes, los mejores granos para sembrarlos y producir alimentos y vida. Con eso, las empresas van destruyendo la biodiversidad: desaparecen las inmensas variedades de cereales, de papas o de otras plantas y se reduce cada vez más la diversidad biológica.

En vez de dar de comer a la población, la deja sin sustento, sin tierra, sin trabajo y sin vida. Las empresas cortan árboles según las “necesidades del mercado” (leer: los “antojos” del mercado) y provocan la desertificación y la modificación del régimen de las lluvias.

En su afán de descubrir los secretos de la vida o, mejor dicho, en su afán de aprovechar al máximo de la naturaleza para sus fines de riquezas y de poder, el ser humano logró separar los elementos de la materia para provocar energía, hasta poder construir bombas capaces de destruir en unos segundos la naturaleza y aniquilar a la humanidad. Ahora, se puede escoger: morir de a poco con todas aquellas transformaciones de la naturaleza, todas aquellas acciones antinaturales, o morir bruscamente como murieron las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki. Pronto, habrá pasado un siglo desde el invento de la bomba atómica y, durante este siglo, la ciencia y la tecnología han perfeccionado las armas. Hicieron más eficaces las armas de destrucción masiva que poseen algunos países, los cuales prohíben que otros las consigan... para proteger la paz en el mundo.

La tierra sufre, la tierra llora, la tierra siente que la vida se le está escapando. El ser, que se autodenominó *homo sapiens*, la está matando y se está suicidando. El ser,

que la naturaleza ha dotado de inteligencia, quiso separarse de la naturaleza y quiere dominarla. No logró dominarla. Está logrando matarla y se está matando a sí mismo en su orgullo y su locura. Allí se encuentra el resultado del divorcio entre la naturaleza y la cultura.

¿EL SOCIALISMO?... ¿QUÉ SOCIALISMO?

El capitalismo es, por excelencia, el sistema económico del *tener*. Pero existen socialismos cuyo objetivo es también el *tener*. Piensan igualmente en términos de acumulación. Persiguen diferentes objetivos que el capitalismo. Quizás no quieren una acumulación individual de riqueza. Quizás desean una mejor repartición de la riqueza acumulada. Quizás acumulen la riqueza para ser más ricos que el mismo capitalismo y, así, poder destruirlo y generar otro mundo. Ya lo hemos dicho: existen varios socialismos.

Hubo un sistema llamado “socialismo real” que estuvo en guerra contra el capitalismo. Ganó el capitalismo. En este sistema, la acumulación tenía otros objetivos que el capitalismo. Pero no logró sus objetivos o éstos no eran los que se pretendía seguir. Cuando desapareció el “so-

cialismo real”, surgió en seguida, en el mismo lugar, un capitalismo tanto o más agresivo que el capitalismo de otras latitudes. ¿Cómo la riqueza acumulada en nombre del ser colectivo pudo, en un instante, encontrarse entre las manos de unos pocos individuos? ¡Misterio!... ¿Misterio?

Hubo sistemas socialistas, partidos socialistas, que preconizaban más justicia social, es decir, una mejor repartición de la riqueza. Pero mantenían el propósito de la acumulación de riquezas. Había que acumular mucha riqueza y repartirla de manera equitativa. ¿Repartieron mejor la riqueza? Uno puede plantearse la pregunta. Ojalá la respuesta fuera positiva. Pero lo que es cierto es que estos sistemas seguían la lógica de la acumulación y que, para lograr esta acumulación, se sacrificó a menudo la naturaleza, se mantuvo el divorcio entre la sociedad y la naturaleza, entre la cultura y la naturaleza, como si fueran antagónicas. También -lo sabemos- estos sistemas o partidos no atacaron siempre el colonialismo o el neocolonialismo que permitían la acumulación de riqueza. De este modo, aceptaron la explotación de la naturaleza y la explotación de seres humanos de otros países para lograr esta acumulación de riquezas en el suyo. Así, cierto reequilibrio en algunas partes del mun-

do se realizaba mediante el desequilibrio de otras partes del mundo. La acumulación de riqueza y la mejor distribución de la riqueza en alguna parte del mundo se hacían, de manera paradójica, mediante la explotación de la naturaleza, la pérdida de riqueza y la explotación del ser humano en otra parte del mundo.

Hubo partidos que se calificaban como partidos socialistas, cuyos objetivos consistían en obtener votos, ganar elecciones y llegar al poder. Luego, las promesas de justicia social se esfumaban y los elegidos de la democracia representativa se adormecían hasta las siguientes elecciones y las nuevas promesas iguales a las anteriores. En cuanto a la acumulación de riquezas, seguía produciéndose en nombre de las necesidades o los deseos de la gente, sin demasiadas preocupaciones por la naturaleza y la manera cómo se generaban estas riquezas.

También hubo movimientos o partidos socialistas que se daban la impresión a sí mismos de querer inventar un mundo diferente, pero que utilizaban los medios utilizados en el mundo del cual se pretendía salir o que se pretendía transformar. Seguía la producción de riquezas (habitualmente con los mismos medios), seguía la acumulación y, por ende, seguía el saqueo de los recursos que, de manera tan generosa, ofrece la naturaleza.

Hubo muchos socialismos. Hay todavía muchos socialismos, muchas maneras de concebir y concretizar el socialismo. Si nos identificamos con un cierto ideal socialista, es imperativo precisar de qué socialismo estamos hablando, qué socialismo queremos construir y cómo lo vamos a construir.

LA RECONCILIACIÓN DE LA CULTURA CON LA NATURALEZA

La naturaleza ha dado todo. Ha dado todo lo que podía. No se le puede pedir más. Es la cultura la que debe dar el paso para la reconciliación. Es necesario, por lo tanto, cambiar la cultura o cambiar de cultura. Para eso, es ineludible salir de una cultura centrada en el deseo más que en la necesidad. Es imperativo salir de una sociedad cuya preocupación mayor es la economía, es decir, la explotación de la naturaleza. Es imprescindible respetar la naturaleza y preguntarle lo que puede dar y lo que necesita como cuidado. Los ciclos de la naturaleza son muy largos, mientras que la vida de las civilizaciones es muy corta (ni hablamos de la vida, más que efímera, de los

individuos). Es, por lo tanto, obligatorio preocuparnos más o, por lo menos, preocuparnos tanto por la ecología que por la economía.

La palabra griega *oikos* (eko) significa hogar. El hogar no es solamente la casa. Es la casa y los seres que viven en la casa. Tenemos que preocuparnos, al mismo tiempo, de la “eco-logía” y de la “eco-nomía”. La primera es la preocupación por la armonía del *oikos*. La segunda es la preocupación por cubrir las necesidades que existen en el hogar.

La cultura es la inteligencia de un ser particular de la naturaleza. Este ser apareció mucho tiempo después de la aparición de la vida en la Tierra. La Tierra pudo vivir sin este ser. Podría seguir viviendo sin él. Por lo tanto, si hubiera que identificar prioridades, el ser humano no vendría, como él suele creerlo, de primero. Pero no queremos hablar de prioridades, sino de armonía. Para que haya armonía, debe existir un equilibrio lo más perfecto posible entre la “eco-logía” y la “eco-nomía”. Es la cultura, o sea, nuestra inteligencia colectiva de seres humanos la que permite definir y lograr este equilibrio para que exista armonía en el planeta.

Si no aceptamos esto, aceptemos entonces todos los cataclismos que ya estamos provocando y padeciendo, y

todos los que vamos a seguir provocando y padeciendo. Asumamos el hecho de que deseamos suicidarnos. En el poco tiempo que nos queda de vida como ser colectivo “inteligente”, sigamos explotando la naturaleza, produciendo riquezas y acumulando estas riquezas. Uno se preguntaría ¿por qué? y mostraría que el ser humano es todavía más idiota de lo que se podría imaginar.

Si, en cambio, deseamos lograr un máximo de armonía en el hogar, en nuestro *oikos*, entonces tenemos obligatoriamente que cambiar drásticamente nuestra manera de vivir en éste con el fin de lograr una verdadera convivencia. Hay que economizar los recursos. Allí está otro sentido de la economía: el hecho de cuidar los recursos de los cuales disponemos y que sabemos limitados, evitar malgastarlos y distribuirlos equitativamente entre quienes compartimos la vida en este hogar común.

UN SOCIALISMO ECOLÓGICO Y ECONÓMICAMENTE JUSTO

Allí está el socialismo que correspondería a lo que nos preocupa desde el principio de este escrito. Aquí no cabe

la acumulación de riquezas, ni la acumulación individual ni colectiva. El ecosocialismo es un socialismo que se preocupa por preservar la naturaleza, que se esmera por producir sólo lo que se necesita, que no se deja llevar por el antojo de los deseos, que ahorra lo más posible los recursos y que racionaliza su uso con una preocupación de equidad social.

El “*eco-socialismo*” es un sistema político, pero también social y cultural, garante de la armonía del *oikos*, de la paz en el hogar, de la convivialidad entre todos los que coexisten en este hogar.

Desde luego, el individualismo no cabe ni por casualidad en este sistema. Nadie puede pretender tener más que otro, gastar más recursos o acumular por beneficio propio. El individualismo es inconcebible en tal sistema.

Es también obvio que todos, en el hogar, tienen los mismos deberes y los mismos derechos, según -lógicamente- su edad, su estado de salud y otros criterios evidentes. Todos merecen el mismo respeto y gozan de la misma dignidad. Todos -cada uno según sus posibilidades y sus aptitudes- asumen responsabilidades para mantener el hogar limpio, agradable y convivial.

EL TRIÁNGULO ECOLOGÍA-ECONOMÍA-CULTURA

Cuando se está diseñando políticas, planes, programas o proyectos, es necesario contemplar tres aspectos: el ecológico, el económico y el cultural. La ecología no corresponde sólo a la protección de la naturaleza, sino a una mejoría del ambiente tocado por las acciones del ser humano: conseguir un aire más puro, reducir la contaminación acústica, obtener aguas más puras, evitar la contaminación de los suelos, luchar contra la erosión e impedir la desertificación... La economía no consiste en acumular riquezas, sino en producir lo que se necesita para vivir y repartir de manera equitativa los bienes y servicios... La cultura es la manera de ver el mundo y el modo de vivir en este mundo, es el modo de vivir en sociedad, son los saberes y la manera de crearlos, conservarlos y transmitirlos, es la capacidad de informar, recibir informaciones y comunicarse... Antes de emprender una acción colectiva, es indispensable considerarla bajo estos tres ángulos: ecológico, económico y cultural.

Si, por ejemplo, se contempla la posibilidad de construir una carretera, no se trata exclusivamente de una

cuestión económica. Desde el punto de vista económico, se supone que esta construcción es útil o necesaria, hasta puede ser considerada como indispensable: es preciso unir entre sí dos puntos de una geografía para facilitar el desplazamiento de las personas o el transporte de las mercancías. Desde el punto de vista ecológico, pueden surgir problemas: así, la carretera puede atravesar una zona protegida y arriesgar el equilibrio de algunos ecosistemas; o la carretera podría impedir las migraciones de algunos animales y, por causa de ella, afectar la reproducción de estos animales. Desde el punto de vista cultural, la construcción de la carretera puede ocasionar también ciertos problemas: algunos sitios pueden, por su belleza, representar un patrimonio considerado como importante y la carretera representaría una pérdida al respecto; o, a lo largo de la carretera, pueden vivir unos pueblos originarios que ésta, de ser construida, desequilibraría, impidiendo sus modos de vida y, tal vez, llevándoles a la muerte.

Cualquier tipo de actividad del ser humano tiene aspectos positivos y aspectos negativos. Por esto, es tan importante considerar todas las posibles incidencias, ver cuáles son las ventajas y las desventajas de emprenderla. Son miles los ejemplos que se podría presentar para ilus-

trar esta afirmación, pero, desde luego, el lector es capaz de imaginarlos a nivel de su entorno cercano, en su propio barrio o aldea, a nivel de su pueblo o su ciudad, a nivel nacional o hasta internacional. Es importante que reflexione al respecto y, mediante la democracia directa y el poder popular, que participe en las tomas de decisión.

EL ECOSOCIALISMO REVOLUCIONARIO

Ya hemos planteado la pregunta: ¿qué socialismo? Pensamos que, en esta época de la historia de la humanidad, es totalmente imprescindible adoptar el ecosocialismo. Pero, agregamos un adjetivo a este nombre compuesto: revolucionario. ¿Por qué revolucionario? Por la sencilla razón de que la humanidad se encaminó hacia un callejón sin salida con sistemas económicos cuyo objetivo es la acumulación y que son totalmente incapaces de responder a las necesidades de la humanidad y responder a las exigencias de la naturaleza para no volverse loca. La acumulación infinita en un planeta finito es un contrasentido absoluto. Sin embargo, muchos países y, sobre todo, la mayoría de las empresas no se preocupan ni por los equilibrios de la naturaleza ni por la armonía social.

Saben muy bien lo que habría que hacer para salvar el planeta y a la humanidad, pero su sed de poder y dinero, los hace insensibles a cualquier argumento.

Lo más dramático de esta situación es que muchos socialistas -individuos, movimientos, partidos o gobiernos- tienen o mantienen la misma lógica capitalista de la acumulación, del “progreso”, del “desarrollo” (que camuflan ahora con el adjetivo “sostenible”). Como va funcionando la humanidad, no hay sostenibilidad posible en el sentido por el cual vamos. Es indispensable organizarnos de manera totalmente diferente, es indispensable cambiar los modos de vivir, es indispensable tomar medidas drásticas.

Sabemos que no son los llamados países del Norte los que tienen la capacidad o la voluntad de adoptar un estilo de vida diferente al que llevan. Nunca van a aceptar transformar su modo de vivir, reducir su consumo de energía, renunciar al uso que hacen de las materias primas (que, entre paréntesis, sacan de los llamados países del Sur). Jamás van a aceptar perder las ventajas que se adjudicaron en detrimento de varias generaciones de proletarios de sus propios países, en detrimento de los pueblos de los territorios que han colonizado, en detrimento de la vida misma (incluso la suya propia).

Los pueblos de *Abya Yala*, los países de *Nuestra América*, se encuentran actualmente en una cierta posición de fuerza que permite emprender un movimiento verdaderamente revolucionario. Por esta razón es aquí y ahora que, de manera urgente y sin vacilar, debemos implantar el ecosocialismo revolucionario. Mañana será demasiado tarde y, si no asumimos nuestras responsabilidades hoy, las generaciones futuras podrán, con razón, ponernos en el banquillo de los acusados por haber sido genocidas y ecocidas.

ÍNDICE

Somos capaces de escoger entre la paz y la guerra	9
Las fragmentaciones del ser y del saber	12
Divorcio entre la naturaleza y la cultura	15
¿El socialismo?... ¿Qué socialismo?	18
La reconciliación de la cultura con la naturaleza	21
Un socialismo ecológico y económicamente justo	23
El triángulo ecología-economía-cultura	25
El ecosocialismo revolucionario	27

INVESTIGACIÓN ■ ANÁLISIS ■ DENUNCIA

"La cultura del tener, de la posesión, de la acumulación, lleva inevitablemente a la competencia y a la insatisfacción, porque nunca se logra tener lo que se quiere tener, nunca se logra poseer lo que se desea, nunca se acumula lo suficiente para saciar la sed de riqueza. Siempre se quiere más, más y más. En este caso, no se trata de cubrir necesidades, sino de satisfacer deseos". Ese es el modelo de sociedad consumista que promueve el capitalismo que nos está llevando a una posible debacle ambiental, producto del cambio climático. En contraposición, Andrés Barrantes nos expone el ecosocialismo como la única salida a la barbarie global.